

La figura de Calibán en la interpretación de Roberto Fernández Retamar

Paulo Belloso

Elflojopaulo@yahoo.com.ar

Smontaruli@lab.criicyt.edu.ar

Sec y Tunc P. UNCuyo

Informe de Avance

Resumen:

Se trata de una exploración recién iniciada acerca de la “figura de Calibán” tal como surge de la obra de Roberto Fernández Retamar, teniendo en cuenta las discusiones que éste mantiene con distintos pensadores modernos y contemporáneos, y las respuestas de los mismos. La propuesta va acompañada de un texto seleccionado como síntesis de las posiciones del autor, sobre el cual se trabajarán principalmente las categorías de *diversidad e integración*, así como las mediaciones pedagógicas que permitan la discusión de la problemática que contiene.

Palabras Clave: Calibán - Roberto Fernández Retamar - diversidad - integración -

Esta investigación gira en torno a la figura de Roberto Fernández Retamar, en su *Todo caliban*. No está enfocado solamente en el ensayo publicado en 1971 y reeditado en una versión ampliada en 2004, sino que mi intención radica en investigar el entorno socio-histórico del autor.

Si bien el temario para este proyecto es más acotado, me parece de suma importancia el contexto del autor, ya que en su obra, *Todo caliban*, entabla discusiones con distintos pensadores modernos y contemporáneos, en donde las respuestas de estos últimos no se hacen esperar.

Para poder encontrar el resquicio que me permita el ingreso a su pensamiento, he seleccionado seis obras del autor, estas son:

- *Todo Caliban*. Buenos Aires, FLACSO, 2004; 1ª edición.
- *Ensayo de otro mundo*, La Habana, Instituto del Libro, 1967; 2a. ed., aumentada, Santiago de Chile, Ed. Universitaria, 1969.
- *Para el perfil definitivo del hombre*, prólogo de Abel Prieto, La Habana, Ed. Letras Cubanas, 1981; 2a. ed., corregida y aumentada, 1995.
- *Algunos usos de civilización y barbarie*, Buenos Aires, Ed. Contrapunto, 1989; 2a. ed., revisada, Buenos Aires, Ed. Letra Buena, 1993.
- *Fervor de la Argentina. Antología personal*, prólogo de Juan Carlos Volnovich, Buenos Aires, Ed. del Sol, 1993. Es un libro misceláneo, de prosa y verso, que incluye algunos textos ajenos.
- *"Nuestra América": cien años, y otros acercamientos a Martí*, prólogo de Cintio Vitier, La Habana, Ed. Si-Mar, 1995.

Para poder conocer el contexto socio-histórico del autor, las obras elegidas son:

- Thomas, Hugo. *Cuba, la lucha por la libertad 1762-1970 : v.1; De la dominación española a la dominación norteamericana, 1762-1909*
- Bethell, Leslie. *Historia de América latina economía y sociedad desde 1930.*
- Bethell, Leslie. *Historia de América latina, México y el Caribe.*
- Vitier, Medardo. *La filosofía en cuba.*
- Plá, Alberto. *América Latina.*

Una vez conocido el contexto del autor podremos realizar un marco histórico y social que permita una mediación pedagógica abarcativa, en donde el lector pueda tener nociones generales del autor y su tiempo para poder comprender el texto seleccionado que es *Para la historia de Caliban* en su *Todo Caliban*.

El fragmento que se transcribe a continuación permite esbozar el anagrama de Calibán a lo largo de toda la historia, comenzando por la colonización de América, hasta los tiempos en que Retamar lo escribió. La arqueología de calibán que realiza el autor es muy completa y rica conceptualmente, permite tener un panorama de las problemáticas culturales y las razones causantes de la inexistente identidad de los intelectuales con la misma.

1- Para la historia de Calibán

CALIBÁN ES UN anagrama forjado por Shakespeare a partir de “caníbal” —expresión que, en el sentido de antropófago, ya había empleado en otras obras como *La tercera, parte del rey Enrique VI* y *Otelo*—, y este término, a su vez, proviene de “caribe”. Los caribes, antes de la llegada de los europeos, a quienes hicieron una resistencia heroica, eran los más valientes, los más batalladores habitantes de las mismas tierras que ahora ocupamos nosotros. Su nombre es perpetuado por el Mar Caribe (al que algunos llaman simpáticamente el Mediterráneo americano; algo así como si nosotros llamáramos al Mediterráneo el Caribe europeo). Pero ese nombre, en sí mismo —*caribe*—, y en su deformación *caníbal*, ha quedado perpetuado, a los ojos de los europeos, sobre todo de manera infamante. Es este término, este sentido el que recoge y elabora Shakespeare en su complejo símbolo. Por la importancia excepcional que tiene para nosotros, vale la pena trazar sumariamente su historia.

En el *Diario de navegación* de Cristóbal Colón aparecen las primeras menciones europeas de los hombres que darían material para aquel símbolo. El domingo 4 de noviembre de 1492, a menos de un mes de haber llegado Colón al continente que sería llamado América, aparece esta anotación: “Entendió también que lejos de allí había hombres de un *ojo*, y otros con hocicos de perros, que comían a los hombres” (Salas Julio; 1920: 211); el 23 de noviembre esta otra: “La cual decían que era muy grande (la isla de Haití), y que había en ella gente que tenía un *ojo* en la frente, y otros que se llamaban caníbales, a quienes mostraban tener gran miedo...” El 11 de diciembre se explica “que *caníbal* no es otra cosa sino la gente del gran Can”, lo que da razón de la deformación que sufre el nombre *caribe* —también usado por Colón: en la propia carta “fechada en la carabela, sobre la Isla de Canaria”, el 15 de febrero de 1493, en que Colón anuncia al mundo su “descubrimiento”, escribe: “Así que monstruos no he hallado, ni noticia, salvo de una isla (*de Quarives*), la segunda a la entrada de las Indias, que es poblada de una gente que tienen en todas las islas por muy feroces, las cuales comen gente humana”. (Colón; (1493) 1956:20).

Esta imagen del *caribe/canibal* contrasta con la otra imagen de hombre americano que Colón ofrece en sus páginas: la del *arauaco* de las grandes Antillas —nuestro *taíno* en primer lugar—, a quien presenta como pacífico, manso, incluso temeroso y cobarde. Ambas visiones de aborígenes americanos van a difundirse vertiginosamente por Europa, y a conocer singulares desarrollos: el *taíno* se transformará en el habitante paradisíaco de un mundo utópico: ya en 1516, Tomás Moro publica su *Utopía*, cuyas impresionantes similitudes con la isla de Cuba ha destacado, casi hasta el delirio, Ezequiel Martínez Estrada. (Martínez Estrada, Ezequiel; 1965). El *caribe*, por su parte, dará el canibal, el antropófago, el hombre bestial situado irremediabilmente al margen de la civilización, y a quien es menester combatir a sangre y fuego. Ambas visiones están menos alejadas de lo que pudiera parecer a primera vista, constituyendo simplemente opciones del arsenal ideológico de la enérgica burguesía naciente. Francisco de Quevedo traducía “Utopía” como “No hay tal lugar”.

No hay tal hombre, puede añadirse, a propósito de ambas visiones. La de la criatura edénica es, para decirlo en un lenguaje más moderno, una hipótesis de trabajo de la izquierda de la burguesía, que de ese modo ofrece el modelo ideal de una sociedad perfecta que no conoce las trabas del mundo feudal contra el cual combate en la realidad esa burguesía. En general, la visión utópica echa sobre estas tierras los proyectos de reformas políticas no realizados en los países de origen, y en este sentido no podría decirse que es una línea extinguida: por el contrario, encuentra peculiares continuadores —aparte de los continuadores radicales que serán los revolucionarios consecuentes— en los numerosos consejeros que proponen incansablemente a los países que emergen del colonialismo mágicas fórmulas metropolitanas para resolver los graves problemas que el colonialismo nos ha dejado, y que, por supuesto, ellos no han resuelto en sus propios países. De más está decir la irritación que produce en estos sostenedores de “no hay tal lugar” la insolencia de que el lugar exista, y, como es natural, con las virtudes y defectos no de un proyecto, sino de una genuina realidad.

En cuanto a la visión del *canibal*, ella se corresponde —también en un lenguaje más de nuestros días— con la derecha de aquella misma burguesía. Pertenece al arsenal ideológico de los políticos de acción, los que realizan el trabajo sucio del que van a disfrutar igualmente, por supuesto, los encantadores soñadores de utopías. Que los caribes hayan sido tal como los pintó Colón (y tras él, una inacabable caterva de secuaces), es tan probable como que hubieran existido los hombres de un ojo y otros con hocico de perro, o los hombres con cola, o las amazonas, que también menciona en sus páginas, donde la mitología grecolatina, el bestiario medieval y la novela de caballerías hacen lo suyo. Se trata de la característica versión degradada que ofrece el colonizador del hombre al que coloniza. Que nosotros mismos hayamos creído durante un tiempo en esa versión sólo prueba hasta qué punto estamos inficionados con la ideología del enemigo. Es característico que el término *canibal* lo hayamos aplicado, por antonomasia, no al extinguido aborígen de nuestras islas, sino al negro de África que aparecía en aquellas avergonzantes películas de Tarzán. Y es que el colonizador es quien nos unifica, quien hace ver nuestras similitudes profundas más allá de accesorias diferencias.

La versión del colonizador nos explica que al caribe, debido a su bestialidad sin remedio, no quedó otra alternativa que exterminarlo. Lo que no nos explica es por qué, entonces, antes incluso que el caribe, fue igualmente exterminado el pacífico y dulce arauaco. Simplemente, en un caso como en otro, se cometió contra ellos uno de los mayores etnocidios que recuerda la historia. (Innecesario decir que esta línea está aún más viva que la anterior.) En relación con esto, será siempre necesario destacar el caso de aquellos hombres que, al margen tanto del utopismo —que nada tenía que ver con la América concreta— como de la desvergonzada ideología del pillaje, impugnaron desde su seno la conducta de los colonialistas, y defendieron apasionada, lúcida, valientemente, a los aborígenes de carne y

hueso: a la cabeza de esos hombres, por supuesto, la figura magnífica del padre Bartolomé de las Casas, a quien Bolívar llamó “el apóstol de la América”, y Martí elogió sin reservas. Esos hombres, por desgracia, no fueron sino excepciones.

Uno de los más difundidos trabajos europeos en la línea utópica es el ensayo de Montaigne “De los caníbales”, aparecido en 1580. Allí está la presentación de aquellas criaturas que “guardan vigorosas y vivas las propiedades y virtudes naturales, que son las verdaderas y útiles”. (Montaigne, Miguel; 1948: 248).

En 1603 aparece publicada la traducción al inglés de los *Ensayos*, realizada por Giovanni Floro. No sólo Floro era amigo personal de Shakespeare, sino que se conserva el ejemplar de esta traducción que Shakespeare poseyó y anotó. Este dato no tendría mayor importancia si no fuera porque prueba sin lugar a dudas que el libro fue una de las fuentes directas de la última gran obra de Shakespeare, *La tempestad* (1612). Incluso uno de los personajes de la comedia, Gonzalo, que encarna al humanista renacentista, glosa de cerca, en un momento, líneas enteras del Montaigne de Floro, provenientes precisamente del ensayo “De los caníbales”. Y es este hecho lo que hace más singular aún la forma como Shakespeare presenta a su personaje *Calibán-canibal*. Porque si en Montaigne —indudable fuente literaria, en este caso, de Shakespeare— “nada hay de bárbaro ni de salvaje en esas naciones (...) lo que ocurre es que cada cual llama *barbarie* a lo que es ajeno a sus costumbres”, (Montaigne, Miguel; 1948: 248) .en Shakespeare, en cambio, *Calibán-canibal* es un esclavo salvaje y deforme para quien son pocas las injurias. Sucede, sencillamente, que Shakespeare, implacable realista, asume aquí al diseñar a Calibán *la otra opción* del naciente mundo burgués. En cuanto a la visión utópica, ella existe en la obra, sí, pero desvinculada de Calibán: como se dijo antes, es expresada por el armonioso humanista Gonzalo. Shakespeare verifica, pues, que ambas maneras de considerar lo americano, lejos de ser opuestas, eran perfectamente conciliables. Al hombre concreto, presentarlo como un animal, robarle la tierra, esclavizarlo para vivir de su trabajo y, llegado el caso, exterminarlo: esto último, por supuesto, siempre que se contara con quien realizara en su lugar las duras faenas. En un pasaje revelador, Próspero advierte a su hija Miranda que no podrían pasarse sin Calibán: “Nos hace el fuego, / Sale a buscarnos leña, y nos presta / Servicios útiles”. (*We cannot miss him: he does make our fire / Fetch in our wood, and serves in offices / that profit us*. Acto 1, escena 2). En cuanto a la visión utópica, ella puede —y debe— prescindir de los hombres de carne y hueso. Después de todo, *no hay tal lugar*.

Que *La tempestad* alude a América, que su isla es la mistificación de una de nuestras islas, no ofrece a esta altura duda alguna. Astrana Marín, quien menciona el “ambiente claramente indiano (americano) de la isla”, recuerda algunos de los viajes reales, por este continente, que inspiraron a Shakespeare, e incluso le proporcionaron, con ligeras variantes, los nombres de no pocos de sus personajes: Miranda, Fernando, Sebastián, Alonso, Gonzalo, Setebos. (Shakespeare, William; 1961: 107/108). Más importante que ello es saber que Calibán es nuestro caribe.

No nos interesa seguir todas las lecturas posibles que desde su aparición se hayan hecho de esta obra notable.. Nos bastará con señalar algunas interpretaciones. La primera de ellas proviene de Ernesto Renán, quien en 1878 publica su drama *Caliban*, continuación de *La tempestad*. (Renan, emesi; 1878) . En esta obra, Calibán es la encarnación del pueblo, presentado a la peor luz, sólo que esta vez su conspiración contra Próspero tiene éxito, y llega al poder, donde seguramente la ineptitud y la corrupción no le permitirán permanecer. Próspero espera en la sombra su revancha. Ariel desaparece. Esta lectura debe menos a Shakespeare que a la Comuna de París, la cual ha tenido lugar sólo siete años antes. Naturalmente, Renán estuvo entre los escritores de la burguesía francesa que tomaron partido feroz contra el prodigioso “asalto al cielo”. (Adamov, Arthur; 1959). A partir de esa hazaña, su antidemocratismo se encrespa aún más:

“En sus *Diálogos filosóficos*”, nos dice Lidsky, “piensa que la solución estaría en la constitución de una *élite* de seres inteligentes, que gobiernen y posean solos los secretos de la ciencia”. (Lidsky, Paul; 1970: 82). Característicamente, el elitismo aristocratizante y prefascista de Renán, su odio al pueblo de su país, está unido a un odio mayor aún a los habitantes de las colonias. Es aleccionador oírlo expresarse en este sentido:

Aspiramos (dice), no a la igualdad, sino a la dominación. El país de raza extranjera deberá ser de nuevo un país de siervos, de jornaleros agrícolas o de trabajadores industriales. No se trata de suprimir las desigualdades entre los hombres, sino de ampliarlas y hacer de ellas una ley.

Y en otra ocasión:

La regeneración de las razas inferiores o bastardas por las razas superiores está en el orden providencial de la humanidad. El hombre de pueblo es casi siempre, entre nosotros, un noble desclasado, su pesada mano está mucho mejor hecha para manejar la espada que el útil servil. Antes que trabajar, escoge batirse, es decir, que regresa a su estado primero. *Regere imperio populos*, he aquí nuestra vocación. Arrójese esta devorante actividad sobre países que, como China, solicitan la conquista extranjera. (...) La naturaleza ha hecho una raza de obreros, es la raza china, de una destreza de mano maravillosa, sin casi ningún sentimiento de honor; gobiénesela con justicia, extrayendo de ella, por el beneficio de un gobierno así, abundantes bienes, y ella estará satisfecha; una raza de trabajadores de la tierra es el negro (...); una raza de amos y de soldados, es la raza europea (...) *Que cada uno haga aquello para lo que está preparado, y todo irá bien.* (Cesaire, Aimé; 1955: 114/15).

Innecesario glosar estas líneas, que, como dice con razón Césaire, no pertenecen a Hitler, sino al humanista francés Ernesto Renán.

Es sorprendente el primer destino del mito de Calibán en nuestras propias tierras americanas. Veinte años después de haber publicado Renán su *Calibán*, es decir, en 1898, los Estados Unidos intervienen en la guerra de Cuba contra España por su independencia, y someten a Cuba a su tutelaje, convirtiéndola, a partir de 1902 (y hasta 1959), en su primera *neocolonia*, mientras Puerto Rico y las Filipinas pasaban a ser colonias suyas de tipo tradicional. El hecho —que había sido previsto por Martí muchos años antes— conmueve a la *intelligentsia* hispanoamericana. En otra parte he recordado que “el noventiocho” no es sólo una fecha española, que da nombre a un complejo equipo de escritores y pensadores de aquel país, sino también, y acaso sobre todo, una fecha hispanoamericana, la cual debía servir para designar a un conjunto no menos complejo de escritores y pensadores de este lado del Atlántico, a quienes se suele llamar con el vago nombre de “modernistas”. Es “el noventiocho” —la visible presencia del imperialismo norteamericano en la América Latina— lo que, habiendo sido anunciado por Martí, da razón de la obra ulterior de un Darío o un Rodó.

Un temprano ejemplo de cómo recibirían el hecho los escritores latinoamericanos del momento, lo tenemos en un discurso pronunciado por Paul Groussac en Buenos Aires, el 2 de mayo de 1898:

Desde la Secesión y la brutal invasión del Oeste (dice), se ha desprendido libremente el espíritu *yankee* del cuerpo informe y “calibanesco”; y el viejo mundo ha contemplado con inquietud y terror a la novísima civilización que pretende suplantar a la nuestra declarada caduca. (Rodó Enrique; 1957: 193).

El escritor francoargentino Groussac siente que “nuestra civilización (entendiendo por tal, visiblemente, a la del “Viejo Mundo”, de la que nosotros los latinoamericanos vendríamos curiosamente a formar parte) está amenazada por el yanqui “calibanesco”. Es

bastante poco probable que por esa época escritores argelinos y vietnamitas, pateados por el colonialismo francés, estuvieran dispuestos a suscribir la primera parte de tal criterio. Es también francamente extraño ver que el símbolo de Calibán —donde Renán supo descubrir con acierto al pueblo, si bien para injurarlo— sea aplicado a los Estados Unidos. Y, sin embargo, a pesar de esos desenfoces, característicos por otra parte de la peculiar situación de la América latina, la reacción de Groussac implicaba un claro rechazo del peligro yanqui por los escritores latinoamericanos. No era, por otra parte, la primera vez que en nuestro continente se expresaba tal rechazo. Aparte de casos hispanoamericanos como el de Bolívar y el de Martí, entre otros, la literatura brasileña conocía el ejemplo de Joaquín de Sousa Andrade, o Sousândrade, en cuyo extraño poema *O Guesa Errante* el canto X está consagrado a “O inferno de Wall Street”, una *Walpurgisnacht* de bolsistas, politicastos y negociantes corruptos”; (Franco, Jean; 1967: 49). y de José Veríssimo, quien en un tratado sobre educación nacional, de 1890, al impugnar a los Estados Unidos, escribió: “Los admiro, pero no los estimo”.

Ignoramos si el uruguayo José Enrique Rodó —cuya famosa frase sobre los Estados Unidos: “los admiro, pero no los amo”, coincide literalmente con la observación de Veríssimo— conocía la obra del pensador brasileño; pero es seguro que sí conociera el discurso de Groussac, reproducido en su parte esencial en *La Razón*, de Montevideo, el 6 de mayo de 1898. Desarrollando la idea allí esbozada, y enriqueciéndola con otras, Rodó publica en 1900, a sus veintinueve años, una de las obras más famosas de la literatura hispanoamericana: *Ariel*. Implícitamente, la civilización norteamericana es presentada allí como Calibán (apenas nombrado en la obra), mientras que Ariel vendría a encarnar —o debería encarnar— lo mejor de lo que Rodó no vacila en llamar más de una vez “nuestra civilización” (ps. 223 y 226), la cual, en sus palabras como en las de Groussac, no se identifica sólo con “nuestra América latina” (p. 239), sino con la vieja Rumania, cuando no con el Viejo Mundo todo. La identificación Calibán-Estados Unidos *que propuso Groussac y divulgó Rodó estuvo seguramente desacertada*. Abordando el desacierto por un costado, comentó José Vasconcelos: “Si los yanquis fueran no más Calibán, no representarían mayor peligro”.(Vasconcelos, José; Xxiii). Pero esto, desde luego, tiene escasa importancia al lado del hecho relevante de haber señalado claramente dicho peligro. Como observó con acierto Benedetti, “quizá Rodó se haya equivocado cuando tuvo que decir el nombre del peligro, pero no se equivocó en su reconocimiento de dónde estaba el mismo”.(Benedetti, Mario; 1966: 95).

Algún tiempo después —y desconociendo seguramente la obra del colonial Rodó, quien por supuesto sabía de memoria la de Renán—, la tesis del *Calibán* de éste es retomada por el escritor Jean Guéhenno, quien publica en 1928, en París, su *Calibán habla*. Esta vez, sin embargo, la identificación renaniana Calibán/pueblo está acompañada de una apreciación positiva de Calibán. Hay que agradecer a este libro de Guéhenno —y es casi lo único que hay que agradecerle— el haber ofrecido por primera vez una versión simpática del personaje.(Benedetti, Mario; 1966: 398). Pero el tema hubiera requerido la mano o la rabia de un Paul Nizan para lograrse efectivamente.).

Mucho más agudas son las observaciones del argentino Aníbal Ponce en su obra de 1935 *Humanismo burgués y humanismo proletario*. El libro —que un estudioso del pensamiento del Che conjetura que debió haber ejercido influencia sobre él (Lowy, Michael; 1970: 19) consagra su tercer capítulo a “Ariel o la agonía de una obstinada ilusión”. Al comentar *La tempestad*, dice Ponce: “En aquellos cuatro seres ya está toda la época: Próspero es el tirano ilustrado que el Renacimiento ama; Miranda, su linaje; Calibán, las masas sufridas (Ponce citará luego a Renán, pero no a Guéhenno); Ariel, el genio del aire, sin ataduras con la vida”. (Ponce, Anibal; 1962: 83). Ponce hace ver el carácter equívoco con que es presentado Calibán, carácter que revela “alguna enorme injusticia de parte de un

dueño”, y en Ariel ve al intelectual, atado de modo “menos pesado y rudo que el de Calibán, pero al servicio también” de Próspero. El análisis que realiza de la concepción del intelectual (“mezcla de esclavo y mercenario”) acuñada por el humanismo renacentista, concepción que “enseñó como nadie a desinteresarse de la acción y a aceptar el orden constituido”, y es por ello hasta hoy, en los países burgueses, “el ideal educativo de las clases gobernantes”, constituye uno de los más agudos ensayos que en nuestra América se hayan escrito sobre el tema.

Pero ese examen, aunque hecho por un latinoamericano, se realiza todavía tomando en consideración exclusivamente al mundo europeo. Para una nueva lectura de *La tempestad* — para una nueva consideración del problema—, sería menester esperar a la emergencia de los países coloniales que tiene lugar a partir de la Segunda Guerra Mundial, esa brusca presencia que lleva a los atareados técnicos de las Naciones Unidas a forjar, entre 1944 y 1945, el término *zona económicamente subdesarrollada* para vestir con un ropaje verbal simpático (y profundamente confuso) lo que hasta entonces se había llamado *zonas coloniales* o *zonas atrasadas*.(Zimmerman, J.L. 1966).

En acuerdo con esa emergencia aparece en París, en 1950, el libro de O. Mannoni *Psicología de la colonización*. Significativamente, la edición en inglés de este libro (Nueva York, 1956) se llamará *Próspero y Calibán: la Psicología de la colonización*. Para abordar su asunto, Mannoni no ha encontrado nada mejor que forjar el que llama “complejo de Próspero”, “definido como el conjunto de disposiciones neuróticas inconscientes que diseñan a la vez ‘la figura del paternalismo colonial’ y ‘el retrato del racista cuya hija ha sido objeto de una tentativa de violación (imaginaria) por parte de un ser inferior’.” (Mannoni, O.; 1965: 106). En este libro, probablemente por primera vez, Calibán queda identificado con el colonial, pero la peregrina teoría de que éste siente el “complejo de Próspero”, el cual lo lleva neuróticamente a requerir, incluso a presentir, y por supuesto a acatar la presencia de Próspero/colonizador, es rotundamente rechazada por Frantz Fanon en el cuarto capítulo (“Sobre el pretendido complejo de dependencia del colonizado”) de su libro de 1952 *Piel negra, máscaras blancas*.

Aunque sea (al parecer) el primer escritor de nuestro mundo en asumir nuestra identificación con Calibán, el escritor de Barbados, George Lamming, no logra romper el círculo que trazara Mannoni.

Próspero (dice Lamming) ha dado a Calibán el lenguaje; y con él una historia no manifiesta de consecuencias, una historia de futuras intenciones. Este don del lenguaje no quería decir el inglés en particular, sino habla y concepto como un medio, un método, una necesaria avenida hacia áreas de sí mismo que no podían ser alcanzadas de otra manera. Es este medio, hazaña entera de Próspero, lo que hace a Calibán consciente de posibilidades. Por tanto, todo el futuro de Calibán -pues futuro es el nombre mismo de las posibilidades- debe derivar del experimento de Próspero, lo que es también su riesgo. Dado que no hay punto de partida extraordinario que explote todas las premisas de Próspero, Calibán y su futuro pertenecen ahora a Próspero (...) Próspero vive con la absoluta certeza de que el Lenguaje, que es su don a Calibán, es la prisión misma en la cual los logros de Calibán serán realizados y restringidos.(Lamming, George; 1968: 239/242).

En la década del sesenta, la nueva lectura de *La tempestad* acabará por imponerse. En *El mundo vivo de Shakespeare* (1964), el inglés John Wain nos dirá que Calibán

produce el patetismo de todos los pueblos explotados, lo cual queda expresado punzantemente al comienzo de una época de colonización europea que duraría trescientos años. Hasta el más ínfimo salvaje desea que lo dejen en paz antes de ser “educado” y obligado a trabajar para otro, y hay una innegable justicia en esta queja de Calibán: “¿Por qué yo soy el único súbdito que tenéis, que fui rey propio?”

Próspero responde con la inevitable contestación del colono: Calibán ha adquirido conocimientos e instrucción (aunque recordamos que él ya sabía construir represas para coger pescado y también extraer chufas del suelo como si se tratara del campo inglés). Antes de ser utilizado por Próspero, Calibán no sabía hablar: “Cuando tú, hecho un salvaje, ignorando tu propia significación, balbucías como un bruto, doté tu pensamiento de palabras que lo dieran a conocer”. Sin embargo, esta bondad es recibida con ingratitud: Calibán, a quien se permite vivir en la gruta de Próspero, ha intentado violar a Miranda; cuando se le recuerda esto con mucha severidad, dice impenitentemente, con una especie de babosa risotada: “¡Oh, jo!... ¡Lástima no haberlo realizado! Tú me lo impediste; de lo contrario, poblara la isla de Calibanes”. Nuestra época (concluye Wain), que es muy dada a usar la horrible palabra *miscegenation* (mezcla de razas), no tendrá dificultad en comprender este pasaje. (Wain, John; 1967: 258/259).

Y al ir a concluir esa década de los sesenta, en 1969, y de manera harto significativa, Calibán será asumido con orgullo como nuestro símbolo por tres escritores antillanos, cada uno de los cuales se expresa en una de las grandes lenguas coloniales del Caribe. Con independencia uno de otro, ese año publica el martiniqueño Aimé Césaire su obra de teatro, en francés. *Una tempestad. Adaptación de “La tempestad” de Shakespeare para un teatro negro*, el barbadiense Edward Brathwaite, su libro de poemas en inglés *Islas*, entre los cuales hay uno dedicado a “Calibán”; y el autor de estas líneas, su ensayo en español “Cuba hasta Fidel”, en que se habla de nuestra identificación con Calibán.(Césaire, Aimé; 1969) [.En la obra de Césaire, los personajes son los mismos que los de Shakespeare, pero Ariel es un esclavo mulato; mientras Calibán es un esclavo negro, además interviene Eshú, “dios-diablo negro”. No deja de ser curiosa la observación de Próspero cuando Ariel regresa lleno de escrúpulos, después de haber desencadenado, siguiendo las órdenes de aquél, pero contra su propia conciencia, la tempestad con que se inicia la obra: “¡Vamos!”, le dice Próspero. “¡Tu crisis! ¡Siempre es lo mismo con los intelectuales!” El poema de Brathwaite llamado “Calibán” está dedicado, significativamente, a Cuba: “En La Habana, esa mañana (...)” escribe Brathwaite, “Era el dos de diciembre de mil novecientos cincuentiséis./ Era el primero de agosto de mil ochocientos treintiocho./ Era el doce de octubre de mil cuatrocientos noventidós.//¿Cuántos estampidos, cuántas revoluciones?” .

1 Bibliografía

- Adamov, V. Arthur (1959): *La Commune de Paris (8 mars-28 mars 1871), anthologie*, París, 1959; y especialmente Paul Lidsky: *Les écrivains contre la Commune*, París, 1970.
- Benedetti, Mario(1966) *Genio y figura de José Enrique Rodó*, Buenos Aires
- Cit., como las otras menciones del *Diario* que siguen, por Julio C. Salas: *Etnografía americana. Los indios caribes. Estudio sobre el origen del mito de la antropofagia*, Madrid, 1920. En este libro se plantea “lo irracional de (la) inculpción de que algunas tribus americanas se alimentaban de carne humana, como en lo antiguo lo sostuvieron los que estaban interesados en esclavizar (a) los indios y lo repitieron los cronistas e historiadores, de los cuales muchos fueron esclavistas...” (p. 211).
- Césaire Aimé (1969). *Une Tempête. Adaptation de “La tempête” de Shakespeare pour un theatre nègre*. Paris, 1969; Edward Brathwaite: *Islands*, Londres, 1969. R. F. R.: “Cuba hasta Fidel” (en *Bohemia*, 19 de septiembre de 1969).
- Así, por ejemplo, Jan Kott nos advierte que hasta el siglo XIX “hubo varios sabios shakespeareólogos que inventaron leer *La tempestad* como una biografía en el sentido literal, o

como un alegórico drama político.” (Jan Kott: *Apuntes sobre Shakespeare*, trad. de J. Maurizio, Barcelona, 1969, p. 353.)

[13] Cit. por Aimé Césaire en: *Discours sur le colonialisme*, 3a ed., París, 1955, p. 13. Es notable esta requisitoria, muchos de cuyos postulados hago míos. (Trad. parcialmente en *Casa de las Américas*, nº 36-37, mayo-agosto de 1966 [Este número está dedicado a *Africa et América.*]).

[15] v. R. F. R.: “Modernismo, noventiocho, subdesarrollo”, trabajo leído en el IIIº Congreso de la Asociación internacional de hispanistas, México, agosto de 1968 y recogido en *Ensayo de otro Mundo* (2a. ed), Santiago de Chile, 1969.

Jean Franco (1967) *The modern culture of Latin America: society and the artist*, Londres,

- La visión aguda pero negativa de Jan Kott lo hace irritarse por este hecho: “Para Renán”, dice, “Calibán personifica al Demos. En su continuación (...) su Calibán lleva a cabo con éxito un atentado contra Próspero. Guéhenno escribió una apología de Calibán-Pueblo. Ambas interpretaciones son triviales. El Calibán shakespeariano tiene más grandeza.” (op. cit., p. 398.)
- La endeblez de Guéhenno para abordar a fondo este tema se pone de manifiesto en los prefacios en que en las sucesivas ediciones, va desdiciéndose (2a ed., 1945: 3a ed.. 1962), hasta llegar a su libro de ensayos *Calibán y Próspero* (París, 1969), donde, al decir de un crítico, convertido Guéhenno en “personaje de la sociedad burguesa y un beneficiario de su cultura”, juzga a Próspero “más equitativamente que en tiempos de *Calibán habla.*” (Pierre Henri Simon en *Le Monde*, 5 de julio de 1969.)
- Lamming, George (1968). *The pleasures of exile*, Londres, 1960, p. 109. Al comentar estas opiniones de Lamming, el alemán Janheinz Jahn observa sus limitaciones y propone una identificación Caliban/negritud. (*Neoafrikan literature*, trad. de O. Coburn y U. Lehrburger, Nueva York.
- Lowy, Michael (1970). *La pensée de Che Guevara*, París.
- J. L. Zimmerman: *Países pobres, países ricos. La brecha que se ensancha*, trad. de G. González Aramburo, México, D. F., 1966, p. 1. (Hay ed. cubana)
- *La carta de Colón anunciando el descubrimiento del nuevo mundo. 15 de Febrero-14 de marzo 1493*, Madrid, 1956, p. 20.
- Martínez, Estrada; Ezequiel (1965) “El Nuevo Mundo, la isla de Utopía y la isla de Cuba”, en *Casa de las Américas*, nº 33, noviembre-diciembre . (Este número es un *Homenaje a Ezequiel Martínez Estrada*).
- Montaigne, Miguel de (1948): *Ensayos*, trad. de C. Román y Salamero, tomo I. Buenos Aires.
- William Shakespeare: *Obras completas*, traducción, estudio preliminar y notas de Astrada Marín, Madrid, 1961. p. 107-8.
- Mannoni O. *Psychologie de la colonisation*. París, 1950, p. 71, cit. por Frantz Fanon en: *Peau noire, mosquee blancs* (2a ed.), París (c. 1965), p. 106. (Hay ed. cubana).
- Nggui, James (1971) La nueva lectura de *La tempestad* ha pasado a ser ya la habitual en el mundo colonial de nuestros días. No intento, por tanto, sino mencionar algunos ejemplos. Ya concluidas estas notas, encuentro uno nuevo en el ensayo de James Nggui (de Kenia) “Africa y la descolonización cultural”, en *El Correo*.
- Ponce, Aníbal (1962). *Humanismo burgués y humanismo proletario*, La Habana.

- Renan Ernesi (1878) *Caliban*, suite de *La tempête*, *Drame philosophique*, París.
- Rodo, José Enrique (1957) *Obras completas*, edición con introducción, prólogo y notas por Emir Rodríguez Monegal, Madrid, 1957
- Vasconcelos José. *Indologia*, 2a ed., Barcelona, s. f., p. xxiii.
- Wain, John (1967). *El mundo vivo de Shakespeare*, trad. de J. Silés. Madrid.